—1—

 —Querida Lily, estás preciosa. Deja que te mire bien.

 La joven rubia y delicada, de grandes y brillantes ojos azules, dio una vuelta sobre sí misma. Su vestido blanco de fiesta, de seda y muselina, le daba aspecto de estatua griega; así como el cabello recogido en un elaborado y complicado peinado a la última moda de París. Tenía diecinueve años e iba a ser presentada en Palacio junto con otras jóvenes de la nobleza. Corría el mes de junio del año mil ochocientos dos y el mundo estaba en guerra prácticamente desde el momento en que se había abolido la monarquía en Francia. Su padre había conocido a exiliados franceses que habían logrado alcanzar el seguro refugio del Reino Unido. El rey Jorge Tercero consideró necesario declarar la guerra a la Francia revolucionaria y republicana. No eran buenos tiempos para las fiestas y esparcimientos. Lady Lily Baxter suspiró. Su tía Amalia la contempló a través del espejo.

 —¿Qué te preocupa?

 —Nada, tía Amalia. Sí… que desde que nací no ha habido más que guerras y eso no puede ser bueno. ¿Tú crees que seré feliz? A veces tengo sueños extraños.

 —Lily, pero qué disparates dices. Déjate de sueños y de presagios que solo pueden turbar tu ánimo. Mírate, eres una joven preciosa que va a ser presentada a Su Majestad Jorge Tercero y a la reina Carlota. Afortunadamente la salud del rey ha mejorado y estará presente pese a sus muchas obligaciones, aunque recibir a las nuevas debutantes es una de ellas. Este vestido es divino, como los que lleva madame Bonaparte –Amalia Baxter Kinnear rio en voz baja— Aunque los franceses son nuestros enemigos declarados, es Josefina Bonaparte quien dicta la moda. Una cosa es la política y otra la ropa. Vamos, querida, la carroza nos espera.

 Amalia puso en su lugar un rizo rebelde que se escapaba de la cinta de seda que lo sujetaba. La joven se calzó los guantes y cogió el ramo de flores que le alargó su tía. Una última mirada al espejo. Su aderezo de diamantes destellaba a la luz de las velas. Salieron juntas. Lily esperó nerviosamente su turno en la sala donde habían congregado a las debutantes. Se miraban unas a otras evaluando sus vestidos y joyas, y sobre todo calibrando cuál de ellas se llevaría finalmente al mejor y más adecuado pretendiente. Los herederos escaseaban mientras que el número de jóvenes presentadas en sociedad aumentaba cada temporada. A partir de aquel momento serían rivales, incluso las que se profesaban auténtica amistad y cariño tendrían que combatir en aquella guerra por el heredero de una fortuna y título. Miró a Amalia. Tía Amalia se había casado por amor pese a la oposición de su padre. Aquel escocés de ojos grises azulados le había ganado el corazón. Pertenecía a un clan importante y tenía título de caballero. Pese a ello era un furibundo nacionalista muy ofendido por las prohibiciones que afectaban al vestuario y a la lengua, si bien hablaba gaélico con sus amigos y se vestía con kilt siempre que podía. Pero era tan atractivo, tan alto y fuerte. Lily quería muchísimo a su tío Connor, que le contaba leyendas antiguas y le hablaba de los héroes de Escocia. El tío—abuelo Baxter no le dio dote a Amalia y le prohibió la entrada al castillo familiar. Ni a ella ni a Connor les importó. Una semana después de la boda, el hombre sufrió un accidente de caza y murió. El abuelo Baxter, que sentía debilidad por su sobrina, le abrió de nuevo las puertas de la familia. Amalia y Connor tenían una casa en las afueras de New Scone y visitaban a sus parientes en los días señalados. Lily y su hermano Henry también los visitaban. Al quedar huérfanos de padre, ya que la madre había muerto cuando Lily apenas había entrado en la adolescencia, Amalia y su marido se hicieron cargo de sus sobrinos. Henry estaba estudiando en Oxford. Era el heredero. A Lily le esperaba una dote tentadora cuando se casara. Y Amalia, que había desafiado a la familia casándose a su voluntad, se volvió de pronto muy conservadora en lo tocante al futuro matrimonio de su sobrina.

 —Hoy vas a conocer a los mejores jóvenes de la sociedad, Lily. Pero no te entusiasmes. Tendrás ocasión de hablar y bailar con ellos siempre guardando el debido recato, y te agradecería que me refirieras el contenido de vuestras conversaciones. Tu tío y yo somos tus tutores, yo misma cumplo la función de madre lo mejor que sé. Seremos nosotros quienes decidamos quién es el marido adecuado para ti; y también tendremos en cuenta la opinión de Henry, por supuesto, aunque en estos asuntos tu hermano confía totalmente en nosotros. Tío Connor y yo solo queremos lo mejor para ti.

 —Lo sé, tía Amalia. Me dejaré guiar por ti. Además tú ya eres madre, tienes experiencia.

 El pequeño Robert Kinnear tenía cinco meses y se había quedado con su padre cuidado por la nodriza y la nanny, mientras Amalia y su sobrina se instalaban en la casa familiar de Londres de cara a su presentación en Palacio. Connor detestaba todo tipo de ceremonias, prefería quedarse en su casa de Escocia, donde se entretenía saliendo de caza o leyendo. No frecuentaba la taberna más que en las ocasiones en que pasaba a caballo y alguno de sus conocidos le invitaba, o cuando obsequiaba a sus arrendatarios. Poseía tierras y ganado suficientes para vivir holgadamente. Nunca comentaba los asuntos económicos con Amalia. Era extremadamente cariñoso y atento con ella, valoraba el sacrificio que había hecho por él enfrentándose a su padre. Era muy inglesa, eso sí, no hablaba gaélico ni conocía las costumbres de Escocia; pero no había dudado en dejarlo todo atrás por amor. Y desde que había nacido Robert después de varios embarazos frustrados aún tenía mayores detalles con su abnegada esposa. Les avisaron de que era su turno. Lady Amalia Baxter Kinnear y Lady Lily Baxter hicieron una reverencia, y la mujer presentó a su sobrina, que besó la mano real. Jorge Tercero no tenía buen aspecto aunque se había recuperado de su ataque de locura. La reina Carlota también parecía cansada pese al lujo de sus ropas y su expresión de calma. No era para menos. Las guerras, la enfermedad de su real esposo y la vida poco ejemplar del príncipe de Gales habían hecho mella en aquella mujer poco atractiva, fuerte y leal al rey y a la Corona que había traído quince hijos al mundo. La recepción fue bastante larga, un número elevado de jóvenes debutantes entraban oficialmente en sociedad, algunas casi unas niñas de poco más de dieciséis años. Lily, con sus diecinueve, se veía mayor. Las sucesivas muertes familiares y los períodos obligatorios de luto habían marcado los tiempos. No obstante, sus temores se redujeron al observar que había llamado la atención de muchos caballeros, jóvenes y no tan jóvenes. Le intimidó la mirada apreciativa del príncipe de Gales, llamado también Jorge como su padre. Un hombre en la cuarentena, vestido de gala y con fama no tan impoluta como debería. Sus deudas, sus amantes; la mala relación con su esposa la princesa Carolina, de la que se había separado tras el nacimiento de su hija Carlota Augusta. Y el mayor escándalo de todos: su matrimonio ilegítimo con la católica María Ana Fitzherbert, a cuyo lado había vuelto nada más separarse de su esposa legal. Aunque María Ana se consideraba la única y legítima esposa, en realidad no lo era porque su enlace había sido únicamente religioso, celebrado por el rito católico sin el consentimiento real y en contra de las leyes del reino. Le gustara o no, la única esposa era Carolina aunque no estuviera viviendo en Inglaterra. Lily estaba anotando en su precioso carnet de baile con tapas de nácar los nombres de los caballeros que le solicitaban los diferentes bailes cuando vio que se apartaban haciendo una inclinación. Su Alteza Real Jorge, príncipe de Gales, se acercaba decididamente a aquella beldad de aspecto tímido que destacaba entre todas. La joven hizo una reverencia. Amalia, sorprendida, tardó un instante en reaccionar.

 —¿Su nombre, joven dama?

 —Lily, Alteza –respondió en voz baja.

 —Es Lady Lily Baxter, Alteza. Mi sobrina.

 —¿Me concedería el honor del primer baile, Lady Lily? Lo tenía ya comprometido, pero no podía negarse haciendo un feo al príncipe.

 —Me sentiré muy honrada, Alteza.

 Lily se sintió blanco de todas las miradas. Algunas damas susurraban detrás de sus abanicos. Aunque bailaba muy bien no logró disfrutar de la danza. Hubiera preferido bailar con el joven cuyo nombre figuraba en su carnet, que se había retirado elegantemente pero con sonrisa forzada. El príncipe la galanteó, poniéndola aún más nerviosa. Respondió con respeto según el protocolo contando mentalmente los compases que faltaban para que aquella situación incómoda terminara. La última nota, la reverencia final, y el príncipe la acompañó a su lugar, besó su mano y se alejó. Lily se dejó caer en su asiento, consternada.

 —Dios mío, tía Amalia. ¿Cómo debo tomarme esto?

 —Ni se te ocurra echarte a llorar, Lily. Ha sido un detalle por parte de su Alteza, pero no volverá a pedirte otro baile. Y los caballeros no van a salir huyendo por esto. Tranquilízate, por favor. Los caballeros no salieron huyendo. Incluso el que había sido desplazado le volvió a solicitar el último baile. Los discretos galanteos, las sonrisas amables pero no excesivas, la conversación amena, la relajaron. Terminó la celebración con tanta alegría como había esperado. Sorprendió otra mirada impactante: un hombre joven enfundado en el uniforme de teniente de la marina, muy rubio y de ojos verdes, que había bailado el primer baile con una joven debutante muy parecida a él, y a la que había visto ya antes de la presentación. Ella era Lady Constance Stuart. Lily todavía no conocía a todas las familias de su círculo social, fundamentalmente porque había pasado prácticamente los últimos años en Perth. Amalia no podía trasladarse a Londres muy a menudo y no quería confiar a su sobrina a manos extrañas, era demasiado joven e impresionable.

 —Tía Amalia, ¿conoces a ese oficial?

 —¡Oh! Hacía mucho que no le veía. Qué apuesto está con su uniforme. Perceval DeWitt es el segundo hijo de Lord Archibald y Lady Mary DeWitt, ella nacida Stuart. La joven debutante es su prima materna. Perceval debe andar ya por los veintitrés años y sigue soltero y sin compromiso hasta donde yo sé.

 —Eso da igual, tía Amalia. Te he preguntado porque le he sorprendido mirándome.

 —Querida Lily, no debería darte igual. Uno de los objetivos de estas ceremonias es encontrar marido, y cuanto antes mejor. Tu tío y yo veríamos con buenos ojos una relación con el teniente DeWitt.

 —¿Aunque no sea el heredero de su casa?

 —¿Quién dice que no es el heredero? Tiene una hermana mayor que él, casada y con dos niños.

 —¡Oh! Ya no me mira. ¿Por qué no se acerca a saludarnos?

 —No puede sin antes sernos presentado.

 El baile terminó sin que Perceval y Lily intercambiaran una sola palabra. Él bailó con un par de debutantes pero sin perder de vista a Lily, a quien fingió dejar de mirar. Era ya madrugada cuando se acostó. Su doncella personal la desvistió y peinó preguntándole por la fiesta.

 —Ha sido emocionante, Beatrix. El palacio estaba totalmente iluminado, las lámparas y los suelos brillaban como espejos.

 Beatrix dejó de peinarla y la miró sonriendo a través del espejo.

 —¿Y los jóvenes caballeros? ¿La han invitado a bailar?

 —¡Oh, sí! No he parado en toda la noche. Qué amables y educados han sido conmigo. Aunque ha ocurrido algo que me ha impresionado.

 —¿Qué ha sido? ¿Me lo puede decir?

 —No veo por qué no, me temo que mañana lo sabrá ya todo Londres, si no todo el reino… El príncipe de Gales me ha solicitado el primer baile.

 —¿Su Alteza Real? ¿Jorge?

 —Sí… La verdad, a mí no me apetecía nada bailar con él. Será el heredero pero tiene una fama terrible y ha protagonizado escándalos que a otros les hubiera costado el rechazo social. He tenido que desairar al caballero que lo había solicitado de antemano, aunque después he podido compensarle en el último baile.

 —Bueno, usted no estaba en condiciones de negarse, Lady Lily, una joven tiene que bailar con todos los caballeros que se lo piden; además el príncipe le estaba haciendo un honor y usted hubiera quedado muy mal, así lo entendió además el joven que fue desplazado. No se inquiete, no se va a empañar su reputación por un baile. ¿Y nada más?

 —¿Le parece poco, Beatrix?

 —¿Ningún caballero le ha acelerado el corazón?

 —Eso… Bueno, eso también. Pero no hemos podido hablar.

 —¡Oh! Cuénteme. Qué emocionante.

 —Si no le conozco, Beatrix. El teniente Perceval DeWitt, de la Marina Real. Es tan apuesto. Pero no debo hacerme ilusiones.

 —Quién sabe, Lady Lily. Usted acaba de ingresar en la sociedad y la espera una temporada de bailes y fiestas. Seguro que volverán a encontrarse.

 —Sí, tiene razón. Quién sabe… Me caigo de sueño, Beatrix… —Buenas noches, Milady. Que descanse

Lily escuchó el sonido de unos caballos a galope detrás de ella y refrenó el suyo. Dio un grito de alegría al ver a su hermano Henry acompañado de otro hombre joven.

 —¡Henry! ¿Cómo me has encontrado?

 —Acabo de llegar. Tía Amalia me ha dicho que habías salido a dar un paseo tú sola, lo que no le ha gustado nada. Eres muy valiente, hermanita, y una gran amazona. Permíteme que te presente a Julius Wilson. Va a pasar unas semanas con nosotros.

 Lily y Julius se miraron y se saludaron. El amigo de Henry no tenía nada especial. Alto y de complexión fuerte, a medida que fuera cumpliendo años iría engordando, reflexionó Lily.

 —Vamos a casa, hermanita. Otro día continuarás tu cabalgata. ¿Podremos tomar el té contigo?

 —Naturalmente.

 Llegaron a la mansión a punto para cambiarse de ropa y encontrarse en el salón. Lily se refrescó antes de ponerse un vestido verde manzana. Beatrix le retocó el peinado, que se le había deshecho bajo el sombrero de amazona, y le prendió un alfiler de perlas en el moño. En el salón ya esperaban Amalia, Henry y Julius, que besó su mano ceremoniosamente.

 —Hermanita, ¿es cierto lo que he oído? ¿Que el príncipe Jorge bailó contigo?

 —Es cierto, Henry. Y por lo que veo ya me he convertido en la comidilla de Londres. Me disgusta mucho.

 —Nadie va a pensar mal de ti, Lily. No podías darle calabazas al príncipe. Olvida ese asunto y cuéntame qué has hecho estos meses.

 —Prepararme para el gran día. Tía Amalia me ha ayudado mucho, no se ha separado de mí. Incluso ha dejado solos al tío Connor y al pequeño Robert.

 —En cuanto finalice la temporada volveremos a Perth.

 —He intentado convencerte de que vuelvas a casa y me dejes con la tía Heloise y con Felicity. Henry, díselo tú. No puede quedarse tanto tiempo, su marido y su hijo la necesitan.

 —Ya lo hablaremos. No dejemos a Julius a un lado con asuntos familiares.

 —Perdón, señor Wilson. Dígame, ¿cuánto hace que conoce a mi hermano?

 —Demasiado –rio Julius— Compartimos las mismas aficiones por los caballos, la esgrima y las regatas.

 —Lily, Julius es muy inteligente aunque últimamente la abogacía le interesa menos, y el mejor amigo del mundo.

 —Estamos en guerra. Tenemos a los franceses intentando invadirnos, ese maldito Bonaparte quiere comerse toda Europa.

 —¿Napoleón Bonaparte nos va a invadir?

 —¡Por supuesto que no! Discúlpeme, Lady Lily, no pretendía asustarla. Lady Amalia, mis disculpas. No es un tema de conversación para un té con damas.

 —Si el reino peligra, todos peligramos. Incluso las damas.

 —Pero no es el caso, Lady Amalia.

 —¿Esta noche tenemos baile?

 —¡Cómo no! Henry, Julius, debéis acompañarnos a tía Amalia y a mí. Así tú verás a la tía Heloise y a la prima Felicity y se las podrás presentar a Julius.

 —Hace mucho que no las veo. Apenas nos hemos tratado desde la muerte de mamá. ¿Cuántos años tiene ya Felicity? ¿Diecisiete?

 —No seas indiscreto, Henry –rio Lily— Tiene dieciocho, la presentaron el año pasado.

 —¿Y ya está prometida? Recuerdo que era realmente bella.

 —Sigue igual de guapa y no está prometida todavía. Lo sé porque nos escribimos regularmente.

 —Estupendo. Estoy deseando volver a verla.

 —Y díganos, señor Wilson, ¿usted también estudia derecho?

 —Ya he terminado los estudios, soy abogado. He trabajado con un amigo de mi padre y ahora deseo hacerlo por mi cuenta. Mi padre ha puesto en mí todas sus esperanzas –sonrió— Somos demasiado jóvenes para que tales responsabilidades caigan sobre nuestros hombros, pero no tenemos forma de zafarnos de lo que somos.

 —Nos debemos a nuestro nacimiento, amigo mío.

 Henry era muy serio y poco amigo de esparcimientos. Julius, por el contrario, era vehemente y expansivo. Ambos se complementaban y habían llegado a hacerse amigos íntimos.

 —Señor Wilson, el miércoles será la velada en Almack´s y quisiera conseguirle el pase como invitado de Henry.

 —Pero yo tampoco tengo el vale, tía Amalia. ¿No nos dejarán entrar como invitados vuestros?

 —Me temo que no. El Comité exige que el nombre de cada invitado les sea propuesto para su examen y posterior aprobación. Son las normas. Déjame pensar. Hoy es sábado y el Comité se reúne el lunes. Escribiré una nota a Lady Claire Bedford, con la que me une cierta amistad.

 —No se moleste por mí, Lady Amalia. Si no puedo acudir a ese baile me quedaré leyendo en mi habitación.

 —Ni mucho menos, señor Wilson. No es ninguna molestia. De hecho, voy a hacerlo ahora mismo. Disculpadme.

 Amalia se retiró a la biblioteca para escribir a su amiga. Los tres jóvenes se quedaron solos. Lily pidió más té porque la tetera se había quedado fría, Henry cogió otro pastel.

 —Ahora que tía Amalia no está, Henry, necesito que la convenzas de que vuelva a su casa. No puede quedarse conmigo tanto tiempo o tío Connor me odiará. Y Robert sólo es un bebé, necesita a su madre.

 —Lo intentaré –Henry suspiró.

 —Va a ser estupendo tenerte aquí, Henry. Y a usted también, señor Wilson.

 —Por favor, Milady, llámeme Julius.

 —Julius… Gracias. Yo soy Lily.

 —La etiqueta es importante, pero me gustaría que mi mejor amigo y mi hermana se tutearan. Me sentiría muy cómodo si nos tratáramos como buenos amigos. ¿Te parece bien, Lily?

 —Si al señor… si a Julius no le incomoda, por mí está bien. Pero no delante de tía Amalia, es muy estricta.

 —¿Te exige mucho, hermanita?

 —Demasiado. Pero solo cumple con su deber: caminar erguida, pasos pequeños, no reír a carcajadas, comer poco en público, mantener una conversación amena sin parecer una sabihonda, cuándo hablar, cuándo callar. Es una enciclopedia andante de las buenas costumbres.

 Henry estaba riendo en voz alta justo cuando Amalia entraba en el salón.

 —¡Henry! Se te oye por toda la casa.

 —Disculpa, tía Amalia. Creo que he adquirido malos hábitos en la Universidad, demasiados hombres juntos.

 —¿Por qué las mujeres no podemos ir a la Universidad, Henry?

 —Lily, no digas disparates. ¿Querrías trabajar como un hombre y llenarte la cabeza con las preocupaciones propias de un hombre? –Amalia estaba atónita— Sería el caos si las mujeres dejáramos de ocupar nuestro lugar en la sociedad. ¿Qué más querrías aprender que sea de utilidad a ti y a tu futuro marido?

 —No te enfades, tía Amalia. No me quejo de la educación que he recibido, solo me sorprende que a partir de cierto nivel se nos ponga trabas para seguir aprendiendo.

 —Querida, estás más instruida que la mayoría de las jóvenes de tu edad, entras y sales de la biblioteca a tu conveniencia.

 —Lily, hermana, se cree que las mujeres no tenéis la capacidad suficiente para adentraros en estudios superiores, que vuestro cerebro no da para más…

 —Lo que es totalmente absurdo, Milady –interrumpió Julius— como la historia nos ha demostrado con creces. La reina Isabel fue un claro ejemplo de ello.

 —Yo tampoco comparto esa creencia, pero es lo que hay. Algún día las mujeres podréis demostrar que no hay nada que no podáis aprender o hacer si os ponéis a ello. Además, hermanita, tú sabes latín, ¿no?

 —Sí… —Lily rio— Pero no se lo digas a nadie, Henry. Debo mantener mi reputación.

 —No le llenéis a la niña la cabeza de tonterías. Solo las mujeres pobres trabajan. Y ahora, deberíamos retirarnos y prepararnos para la cena y el baile en casa de Lord y Lady Campbell. Imagino que habéis traído vuestros trajes de etiqueta.

 —Sí, tía. Estamos perfectamente equipados para cada ocasión. Lo que no tenemos es ayuda de cámara, si haces el favor de asignarnos a alguien de la casa.

 —Hablaré con el mayordomo, a ver cómo lo puede solucionar.

 A las ocho de la tarde el grupo llamó a las puertas de la mansión Campbell. El mayordomo los anunció y Lady Amanda Campbell les dio la bienvenida. No era una cena muy concurrida, unos veinte invitados que se conocían de toda la vida; entre ellos Heloise y Felicity, tía y prima respectivamente de Lily y Henry por parte de madre.

 —Tía Heloise, me alegro de verte. Prima Felicity, estás preciosa. Permitid que os presente a mi buen amigo Julius Wilson.

 —A sus pies, señoras –y besó las manos de las damas.

 Julius, con veinticuatro años, parecía mayor. Felicity tenía un aspecto muy infantil. Su cabello dorado brillaba bajo las lámparas por sí mismo y por las joyas engarzadas. Vestía de blanco de la cabeza a los pies excepto por el cinturón de seda rosa desde el que caían los pliegues del vestido hasta el suelo, y el chal del mismo color. Sus ojos verdes se posaron en los oscuros de Julius y destellaron. Amalia y Heloise intercambiaron una mirada. Amanda intervino.

 —Señor Wilson, ¿cuidará usted de la señorita Butler durante la cena?

 —Me sentiré muy honrado –y le ofreció su brazo para acompañarla al comedor.

 A Lily la emparejó con su hijo Ethan mientras Henry acompañaba a sus tías. Lily y Henry tenían frente a ellos a Julius y a Felicity a quienes Heloise, sentada junto a Amalia, no quitaba los ojos de encima.

 —¿Tenemos romance a la vista, querida Heloise?

 —Absurdo, Amalia. Ese joven apenas se ha instalado. Yo tengo la vista puesta en Ethan Campbell, el hijo de Amanda.

 —¿El que está agasajando a Lily?

 —Ese mismo. ¿Podrías hablar con ella, Amalia querida? Lily también es sobrina mía pero debo pensar en el futuro de mi hija.

 —¿Y qué quieres que le diga? ¿Que no se acerque a Ethan?

 —Exactamente. A Lily no le faltarán pretendientes, hazle entender que no puede estropear el porvenir de su prima.

 —Pero, ¿ya se conocen tanto Felicity y Ethan?

 —Estoy en ello. Yo me encargo de este asunto. Pídele por favor que no se entrometa.

 —Heloise, Lily no va a hacer nada ni a decir nada inconveniente. Además, todavía no he visto a ningún caballero que le convenga. Hay muchos peces en el mar, Heloise querida. Espero que no seas tú quien se extralimite en tu afán de emparejar a Felicity con Ethan Campbell.

 —Yo me ocupo de todo. Y hablando de hijos, ¿cómo está el tuyo?

 —Bien, sano y guapo. Se parece mucho a Connor. Le echo de menos.

 —Querida, tu historia de amor es tan extraordinaria. Yo no podría vivir lejos de mi hija. Mi amado esposo decía que la malcriaba al tenerla siempre tan cerca en lugar de dejar a la nanny que hiciera su trabajo. Pero los hijos deben estar al lado de sus padres, especialmente de sus madres durante la infancia. Crecen tan deprisa. Te arriesgas a que Robert no te reconozca cuando vuelva a verte.

 —¿Qué estás intentando decirme, Heloise? ¿Que soy una mala madre?

 —Dios mío, no. Solo que debe ser muy difícil para ti dividirte entre acompañar a Lily y cuidar de Robert. Sin contar con que has dejado solo a Connor. Es el hombre más bueno y comprensivo del mundo, pero estar solo no le va a favorecer. Lily y Felicity son muy amigas y se quieren mucho. Déjala conmigo, Lily necesita relacionarse con chicas de su edad.

 —Ella misma me lo ha pedido, al igual que Henry. Pero no lo veo claro.

 —Amalia querida, ¿debo recordarte que esa niña también es sobrina mía? Soy hermana de su difunta madre. Y aunque mi marido no tenía título como el suyo era un hombre que honraba el apellido de su familia, aceptable y recibido en las mejores casas.

 —No te enfades, Heloise. Estamos empezando a llamar la atención —aunque hablaban en susurros, el aparte tan largo entre ellas hizo que algunos comensales las miraran.

 La conversación general era bastante banal, los temas políticos los trataban los hombres tomando licores y fumando en otra sala mientras las damas se retocaban y descansaban antes del baile. Ethan Campbell había quedado impresionado por la belleza y discreción de Lily y la trató con suma delicadeza, aunque su corazón estaba ya ocupado. Aún no se había hecho público y ambas familias guardaban un prudente silencio. La futura prometida de Ethan no se encontraba presente a causa de un inoportuno malestar. Respecto a Felicity, pese a su encanto no albergaba ningún sentimiento especial hacia ella; y aunque no tenía la culpa procuraba mantenerse alejado porque le disgustaba la madre de la chica. Él mismo le había sugerido a su madre que le emparejara con Lily Baxter para no verse obligado a atender a Felicity. Henry bailó con su hermana y su prima. Julius le había solicitado un baile a Felicity pero no se atrevió a pedirle más para no comprometerla. Respecto a Ethan bailó con varias de las jóvenes presentes, manteniéndose fríamente cortés con Felicity hasta que sorprendió una mirada fugaz de ella hacia Julius Wilson. Rio interiormente, aliviado. La señora Butler se iba a llevar una enorme sorpresa. Dos, se corrigió: cuando se enterara de su compromiso matrimonial y al darse cuenta de la inclinación de su hija hacia aquel abogado alto y algo corpulento.